

COSAS DE NIÑOS.

Investigación de la experiencia histórica infantil en los procesos de modernización. Notas de discusión

Claudio Barrientos Barría*

Nicolás Corvalán Pino**

Las notas siguientes corresponden a una reflexión sobre algunos aspectos de las investigaciones que nos encontramos desarrollando: historiar la experiencia histórica de los niños chilenos en relación con los cambios modernizadores experimentados por el país, en el contexto de la segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del presente.

La principal motivación del texto es establecer un conjunto de comentarios referidos al quehacer de nuestra investigación histórica, particularmente en aquello que la remite al campo central de sus preocupaciones: los sujetos que viven la historia. En algún sentido, se trata de presentar un programa de investigación ya emprendido, a la vez que un ejercicio de comunicación centrado en las preguntas que lo han generado, así como algunas de sus posibles respuestas.

Intentamos explorar una zona de fisonomías imprecisas, de sombras y de siluetas huidizas, un espacio social en el que priman los fragmentos; una zona que es propia de la historia social, pero que busca hacerse más compleja para indagar el campo cultural, donde dominan los comportamientos colectivos; un nivel que puede ser entendido cuando confrontamos las dinámicas desplegadas por la modernización, con aquellas que definen la constitución de espacios, creados y habitados por los sujetos.

De modo particular, nos importa referir dicha preocupación a un sujeto que, de puro presente en nuestra historia, se fue haciendo transparente: el niño. Su vitalidad se despliega aparentemente en los límites de nuestra vida social, sin embargo ocupa un lugar central en su conformación más profunda.

Sabemos que el advenimiento de proyectos modernizadores importados, especialmente desde Europa en el pasado siglo, imprimió a nuestra sociedad una serie de cambios y transformaciones tales, que las formas de existencia y los patrones culturales tradicionales o pre-modernos resultaron totalmente transformados; se hicieron ajenos, hasta resultar extraños a nuestra conciencia y a nuestra memoria histórica.

Numerosas investigaciones históricas han ido a su turno recontando la significación de esos procesos: estructuración de la economía, modificación de la composición demográfica, emergencia de nuevos sectores sociales, desarrollo de nuevas articulaciones estatales, entre otros. De modo específico, en los últimos años, la centuria 1830-1930 ha sido fruto de una densa historiografía.

Hoy reconocemos, que cada uno de los distintos procesos modernizadores, que impactaron nuestra sociedad, estuvo imbuido por una voluntad propia de los proyectos re-estructurados de la realidad social. Se trató, en cada caso, de una nueva narrativa modernizadora que era renovadora y avasallante, al mismo tiempo que era revolucionaria y globalizante, pues pretendía abarcar a toda la sociedad en su procesos de cambio. Era la manera en que la razón ilustrada se instalaba en los discursos y los relatos para ordenar y reestructurar los nuevos sujetos que la modernidad necesitaba.

La formación de los sujetos modernos aptos para desenvolverse en este nuevo orden social demandaba su disciplinamiento integral. Este proceso de adiestramiento de los sujetos sociales pre-modernos en las normas y referentes socioculturales modernos generó, grandes contradicciones, que la historia de muchos procesos modernizadores ha evidenciado.

La instalación de este modelo, resultaba de una lógica paradójica. Por una parte, la narrativa moderna reconocía como legítimos y racionales, los sistemas en los que la libertad política, permitía a los individuos expresarse, establecer contratos y acuerdos que determinaban las formas de gobernarse; mientras que por la otra, la inserción y masificación de este sistema en las tramas más íntimas de la sociedad se hacía mediante instrumentos y procesos, las más de las veces violentos y compulsivos.

* Profesor de Historia y Geografía, candidato al grado de Magister en Historia de Chile del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile.

** Profesor de Historia y Geografía, candidato al grado de Magister en Historia de Chile del Departamento de Historia de la Universidad de Santiago de Chile.

La compulsión y la represión que caracterizaron estos procesos no fue sólo policial o militar, política; el disciplinamiento cultural, operando sobre la conducta de los sujetos, normando los comportamientos colectivos, ha sido un elemento central en la construcción del orden social moderno.

En este contexto, la educación ha sido un elemento de vital importancia en la estructuración de un orden racional de la cultura y de un comportamiento social adecuado.

La importancia de la educación como instrumento legitimador de los diferentes proyectos de construcción de Estado y de formación de individuos y grupos sociales modernos, ha hecho que el sistema educativo esté en constante revisión y cuestionamiento en las sociedades contemporáneas. Los objetivos, metas, eficacia, pertinencia y masividad de la educación, han sido sólo algunos de los problemas abordados por especialistas e intelectuales preocupados del tema.

Sin embargo, los niños como sujeto social e histórico, han sido muy poco considerados en estas discusiones; la voluntad modernizante y racionalizante no ha llegado a preocuparse por la infancia en un sentido social, cultural o histórico, sino sólo en una restringida orientación funcional.

En muchas de las aproximaciones analíticas y programáticas en torno a la educación se proyecta el tipo de individuo que se espera crear (educar), pero no se investiga ni se somete a discusión el tipo de sujeto con el que el sistema interactúa; menos importa, en estos niveles de elaboración y decisión, los subproductos psíquicos, sociales y culturales que esas prácticas suponen.

Una preocupación por historiar la integración de los distintos sujetos a la modernidad vía la educación, a la vez que evidenciar muchas de las irracionalidades de este proceso global de evolución, puede relevar las historias pequeñas, fragmentadas, discontinuas de la primera etapa de formación de los sujetos «modernos» o, lo que es lo mismo, de la particular forma que hemos tenido de hacernos modernos, desde niños.

Escribir la historia de la infancia y de la educación, de este modo, es intentar encontrar el pequeño relato que fisura y desacraliza la gran narrativa de la modernidad; es dejar de discutir en abstracto un proceso lleno de humanidad; a la vez que es un intento por racionalizar el análisis de un devenir lleno de irracionalidades; es procurar hacer coherente una historia colonizada de incoherencias.

En este sentido, la historia es una buena herramienta crítica. Mediante el acto del recuerdo el hombre puede «apropiarse de las modernidades de ayer, puede ser a la vez una crítica de las modernidades de hoy y un acto de fe en las modernidades —y en los hombres y mujeres modernos— de mañana y de pasado mañana».¹

La historia de la infancia, como la entendemos aquí, en un sentido global, tiende a un análisis de la dimensión cultural de la modernidad, pues social y económicamente, es sabido que los infantes y jóvenes, al igual que otros sujetos históricos, ha formado parte de los sectores sociales sacrificables del progreso material y tecnológico de los últimos dos siglos. Por ello, la construcción del entorno cultural del niño, ha sido un proceso apenas percibido y apenas consciente en el estudio del devenir de las sociedades modernas.

Una historia de la infancia, teóricamente sensible a los conflictos particulares de la niñez en la constitución de la cultura y de la educación modernas, puede servir como instrumento cognitivo de los elementos constitutivos del ser niño en un contexto histórico determinado. Al mismo tiempo, que puede ayudarnos a estructurar un paradigma identitario pertinente del sujeto histórico «niño» en nuestra sociedad contemporánea.

Lo importante en esta tarea es dejar hablar a los niños, escucharlos, recrear su voz, recoger su lenguaje y su experiencia vital; intentar superar la técnica y el lenguaje academicistas, para aventurarse a hacer una teoría histórica viva, capaz de escribir la habla del niño.

En este sentido, no sólo es preciso evidenciar el drama del devenir del niño en sujeto moderno, racional, transformado, modernizado. También es preciso descubrir las expresiones culturales del modernismo infantil, las manifestaciones públicas y privadas de su habla, de su arte, de su forma de

¹ Marshall Berman: *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, Editores, México, 1990, p. 27.

comprender su entorno, de su proceso generador de conciencia y auto-conciencia, en fin, de su forma de re-semantizar el mundo.²

Es preciso encontrar las categorías necesarias para analizar pertinentemente, cada uno de los procesos antes mencionados. La educación, parece ser uno de los espacios importantes en torno a los cuales trabajar, en la medida que gran parte de la expresión y subordinación cultural del niño, comienza en la estructuración de una cultura interna, «intramuros», propia de la Escuela.

Como adelantáramos, en el contexto de la historiografía sobre las dos últimas centurias, la presencia histórica de la infancia aparece como un espacio poco explorado, a pesar de ser una realidad de profundas significaciones en la constitución de nuestra sociedad.

En efecto, nuestro actual conocimiento histórico sobre la infancia se reduce a lo aportado por unos pocos ensayos y trabajos monográficos, que atienden principalmente a la realidad social de los niños chilenos en función de su relación con determinadas instituciones. Éstas resultan el tema dentro del cual aparecen los niños: niño y escuela, niño y casas de expósitos, niños y salud pública, niños y asistencialidad. Sin duda, el desarrollo de este tipo de trabajos, ha aportado a la constitución una visión cada vez más compleja de la realidad estructural del niño en nuestra sociedad, en el contexto de los siglos recientes; al tiempo que ha posibilitado la generación de nuevas preguntas.

En este sentido, pareciera de interés diseñar una investigación detallada de la experiencia histórica de los niños chilenos, no a partir de su incidental aparición institucional o de su realización de un rol acotado en la estructura, sino del despliegue de su «perfil como ciclo de la vida personal y como parte de la experiencia de la vida familiar», así como de su identidad al interior de sus redes básicas de sociabilidad.³

Para ello es importante fijar los ámbitos donde se desarrolla prevaecientemente la vida de la infancia, identificando los patrones culturales impuestos y generados por los niños, así como las actitudes que los distintos actores comunitarios y societales guardan respecto de ellos.

El niño, objeto/sujeto de estudio, puro fragmento social de una memoria inconfesada, puede ser aprehendido afectiva y analíticamente, más allá de las condicionantes macro-estructurales, en los lugares de su cotidianeidad, en las actitudes y comportamientos que lo rodean. No obstante, estos datos y asertos de carácter estructural, permiten el relato de una historia de sujetos, que hace posible alcanzar las complicidades y proximidades necesarias que demanda un auto-conocimiento de las experiencias fundadoras de nuestra cultura, de nuestra particular manera de hacernos modernos.

En este sentido, la infancia resulta ser no sólo un segmento etéreo, precisable dentro de la demografía o un apéndice de la geografía humana de una región, sino una expresión auto-sustentable de vitalidad. Una particular forma social de ser —por esencia transitoria a la vez que permanente— que posee la virtualidad de fundar individual y colectivamente patrones de comportamiento, en relación conflictiva o adaptativa con modelos de normatividad.

De acuerdo a esta visión, y a fin de establecer los rasgos principales de la infancia, la preocupación investigativa se propone fijar las condiciones en que ésta se desarrolla. Ello obliga al análisis paralelo, de algunas situaciones propias de las tramas familiares, entre otras: las uniones de pareja, que generan originales y abigarradas formas afectivas; el sentido asignado por los sujetos a la maternidad y la paternidad; las etapas de la crianza del niño, las labores de alimentación, cuidado e higiene de los hijos (entendida como la educación del cuerpo infantil), el desarrollo y exigencias de los primeros aprendizajes.

Un asunto de primordial interés es el referido al conocimiento que los propios niños van adquiriendo de sus espacios de socialización, el conocimiento y posicionamiento frente a su entorno (casa, barrio, pueblo), las aproximaciones a personas significativas (sean estos adultos u otros niños).

² Marshall Berman: «Las señales en la calle. (Respuesta a Perry Anderson)». En Nicolás Casullo: *El debate modernidad-posmodernidad. El cielo por asalto*. Buenos Aires, 1993, pp.117-131. En este artículo, el autor desarrolla algunos conceptos e ideas sobre la sobrevivencia de algunas expresiones del modernismo cultural en las sociedades occidentales.

³ Asunción Lavrin: «La niñez en México e Hispanoamérica: Rutas de exploración». En: *La familia en el mundo iberoamericano*, Pilar Gonzalbo Aizpur, Cecilia Rabell (Compiladoras), Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México, 1994, pp. 41-69, ofrece una panorámica de la orientación de las investigaciones en este campo.

Este aprendizaje de lo esencial, se realiza a través de la tensión entre lo exterior (público) y lo interior (privado). Se busca entonces, conocer la vitalidad infantil desplegada al interior de las estructuras familiares y comunitarias, a la vez que su articulación con las fuerzas sociales y estatales.

Sin duda, estas preocupaciones nos llevarán al reconocimiento de uno de los rasgos más notorios de la historia social de la infancia: su fragmentariedad. Siempre los sujetos de esta historia aparecen entre líneas, en cierto sentido minimizados por el registro estatal; aparecen apenas en un borde difuso de la escena social. Considerados tempranamente apenas como sujetos pasivos de políticas, conocemos escasamente los números de su vitalidad; suponemos los rasgos básicos de las estructuras familiares que los cobijaron; intuimos el grado de preocupación expresado en las redes familiares y comunitarias; sentimos su presencia.

Por ello, en el campo de la educación, la historia social de los niños busca establecer todos aquellos ámbitos en los que la vitalidad infantil se desarrolla, aún más allá de la Escuela, aunque ésta y las diferentes labores emprendidas por la Iglesia, se presentan como espacios privilegiados de la acción normativa estatal y religiosa. El «sistema educativo», articulado en torno a estas dos fuerzas formativas, parece establecerse históricamente —entre otras razones— para controlar las expresiones sociales cuyo eje eran las solidaridades, familiares o comunitarias.⁴ En nuestro país, el despliegue de este proceso es coetáneo con la dinámica construcción del Estado nacional, con toda la carga de dominación y disciplinamiento.⁵

La reconstrucción de los aspectos relevantes de la historia de la infancia, tal como la pensamos, puede permitir avanzar en la búsqueda de una interpretación acerca del lugar que ella ocupa dentro del tramado de normatividades y redes de solidaridad.

En nuestro caso, los textos que nos recrean la infancia, difícilmente han sido escritos por niños, los testimonios se encuentran más bien entre los depósitos oficiales, son unas veces estadísticos, otras, escrituraciones tipo efectuadas por letrados distantes, siempre testimonios indirectos, notas vagas; sin embargo, como en un palimpsesto, los trazos finos de esta vida menuda quieren salir de su silencio formulario.

Tal vez la primera certeza sobre el método resulte ser la constatación de que la propia experiencia del investigador, sus preguntas sin respuesta, la propia relación con su memoria, la curiosidad y el sentimiento con el que asume la lectura de sus fuentes, así como la complicidad con que muchas voces o ecos llegan a él, son el primer campo cognoscitivo a tener en cuenta para alcanzar una proximidad al «objeto de estudio».

En este sentido, la utilización de categorías puramente estructurales en la articulación del «cuento» o lógica de nuestro relato, resulta mezquina para volcar la riqueza experiencial de los sujetos. Nuestras preguntas, partiendo muchas veces de la trama dura de la historia de las clases y sus desenvolvimientos estructurales, apuntan, decididamente, a involucrarse más bien con el tejido invisible de los pequeños espacios desde los cuales los habitantes rudimentarios de aquéllas hacían la vida viviéndola, creándola y recreándola.

Varias de estas consideraciones surgen de la tensión interior entre el auto-referido ejercicio de disfrutar nuestro trabajo en los archivos y las preguntas que el día nos hace en cada esquina de su reloj impaciente. Nuestras fuentes, empero, si buscamos historiar la larga duración, seguirán siendo fundamentalmente los documentos generados desde el Estado. En ellos, sin embargo, encontraremos un cúmulo desordenado de cordeles, sellos, tintas oxidadas, imágenes, gritos, cuerpos, voces, sueños, golpes,

⁴ Jacques Gélis: «La individualización del niño». En: *Historia de la vida privada*, Philippe Ariès, George Duby, Taurus, 1989, Madrid. Explica el cambio ocurrido alrededor del siglo XVII en Europa: «Una conciencia de la vida que ya no implica el respeto de las antiguas solidaridades y que pretende valorar al individuo obliga a volverse hacia terceros, preceptores y directores de estudios, que tienen como misión hacer que el niño acceda a conocimientos que no podría recibir de sus padres...».

⁵ Varias obras recientes de nuestra historiografía han abierto este tipo de preocupaciones, entre ellas los trabajos de Gabriel Salazar V.: «Ser niño 'huacho' en la Historia de Chile (Siglo XIX)», *Proposiciones* N°19, SUR Profesionales, Santiago, 1990, pp. 55-83. María Angélica Illanes O.: «'Ausente, señorita'. El niño-chileno, la escuela-para-pobres y el auxilio. Chile, 1890-1990. (Hacia una historia social del siglo XX en Chile)», JUNAE, 1991, 328 pp.

silencios, destellos que nos refieren un sujeto y pugnan por articularse como texto, que luchan por comunicarnos su vitalidad.

Muchos son los continentes que siguen habitados por los niños, aun después de tanto tiempo. Tiene bastante de juego descubrirlos en medio de países que aún no tienen nombre. Veamos nuestras estrategias: tocar sus juguetes de madera, sentir sus espacios de adobe y paja, caminar por sus calles empedradas, reconocer todos los fantasmas que habitaban sus noches, no olvidar la pestilencia y el montón de pequeños cuerpos enterrados sin nombre, entrar en sus ranchos y aliñarse de humo en la cocina, asistir en silencio a la labor de la partera.

Entre las fuentes escritas, almacenadas muchas veces formulariamente, los procesos judiciales, resultan de una generosidad casi inagotable. Estos expedientes confeccionados y conservados por el Estado, para connotar la vastedad de su poder, a través del juzgamiento de las más variadas transgresiones a su orden, se transforman con el tiempo en un delicado depósito de testimonios donde la vida de muchos queda descrita hasta en sus más mínimos detalles; donde aquellos investidos de autoridad la ejercían en el sentido de las normas que cautelaban y los demás se sometían, las ignoraban o las violentaban. En estos documentos de gran riqueza para la historia social y de la cultura, podemos encontrar miles de fragmentos buscando su centro pugnando por darnos cuenta de la vida de hombres y mujeres, viejos y niños.

Por otra parte, la preocupación por estos vestigios de la actividad de los sujetos, involucra la necesidad de que la historia establezca vinculaciones o diálogo con otras ciencias, que nosotros nos aproximemos después de la curiosidad, a los aportes del amplio espectro de las ciencias humanas. Si pretendemos historiar una realidad compleja como la infancia esta apertura resulta básica. Ya la misma construcción de la categoría «infancia» requiere de este ejercicio, pues su complejidad no se puede aprehender sino recurriendo a las preguntas, conocimientos, procedimientos aportados por el vasto campo de las ciencias sociales.

Las temáticas que suponen estas preocupaciones, necesitan dialogar con los cuerpos empíricos y sobre todo teóricos de la sociología, la psicología, la antropología, entre otras. La estructuración de un paradigma adecuado a la interpretación del universo infantil, requiere de conocimientos sobre la etapas de su evolución psíquica y mental, sus comportamientos biológicos esenciales, sus necesidades afectivas o emotivas. Requiere además un conocimiento del desarrollo que la infancia ha experimentado en otras culturas, así como en nuestras propias subculturas, fijando su significación y su valor en amplios ámbitos de nuestra vida social pasada y presente.

De modo particular, muchos trabajos realizados bajo definiciones de la psicología, plantean la posibilidad de articular una búsqueda de las huellas profundas del proceso social. Detectando las cargas individuales e interiores, de conductas transmitidas a través de una cultura, que resultaban muchas veces incapaces de ser exploradas con seriedad sin los conocimientos de esta ciencia, llegan a adquirir un sentido más pleno si se penetra en la propia memoria histórica.⁶

La relación entre padres e hijos, observada como la relación (amorosa, a la vez que) represiva con el niño, desde los primeros momentos de su existencia, sella una serie de huellas sobre el individuo, que se evidenciarán necesariamente en la vida adulta. La reproducción de estos patrones a través de las generaciones, es un asunto históricamente relevante.

Del mismo modo que en la psicología o la sociología, la confirmación de estos patrones nos lleva a buscar en la antropología otras herramientas en las cuales «traducir» al sujeto-niño, evidenciando sus formas de ocupación de los espacios y la lógica de utilización de objetos, utensilios y artefactos (juguetes, dibujos), así como la significación de los juegos, propios del entorno físico y social.

Pero la necesidad de la interdisciplinariedad se traduce fundamentalmente en identificar los elementos constitutivos de «lo infantil», para así ser capaces de leer al niño entre textos articulados en la narrativa formal y racionalizada de los adultos. Es decir, extraer, evidenciar o, más bien, develar el

⁶ Alice Miller: *Por tu propio bien. Raíces de la violencia en la educación del niño*, Tusquets, Barcelona, 1985; cuyo método y preocupaciones plantean a la historia un conjunto de aportes. De particular interés resulta la reconstrucción de textos pedagógicos en el capítulo introductorio «La educación como acoso a la vitalidad», asimismo el capítulo destinado a explorar algunos aspectos de la infancia de Adolfo Hitler.

imaginario o los referentes sociales, psíquicos y antropológicos propios de la infancia contenidos en el lenguaje explícito de los adultos.

Tenemos, en fin, que construirnos al niño, como sujeto y como categoría analítica, en la medida que las fuentes no nos lo entregan explícitamente. Nuestra principal dificultad es que los niños han dejado muy pocas huellas escritas, más bien la oralidad, la acción, la práctica y la afectividad, recogida referencialmente en el texto adulto, son nuestra principal fuente informativa. En este sentido, debemos tener presente una característica o singularidad analítica del niño: su condición de sujeto ágrafo, entendiéndolo como ente no articulador de texto, ni de relatos formales, sino como un particular codificador y resemantizador de su mundo y su cultura...

Santiago, noviembre de 1995